

medio de los mayores peligros. Por eso corta a cada paso la marcha del relato con reflexiones de orden religioso, moral y patriótico; por eso avanza distribuyendo el elogio a la censura a los personajes; por eso se cree en la obligación de interpretar los hechos en vez de contarlos sencillamente, haciéndolos hablar por sí mismos. Pienso de esta manera encender el valor de los patriotas, animar su celo por el culto y las observaciones judías, confirmarles en su veneración por el templo de Jerusalén, que resume todos los recuerdos y todas las esperanzas del pueblo de Israel. Por eso también calla prudentemente la derrota y la muerte de Judas, pues la alusión a este desastre, causa ocasional de una persecución, «como no la hubo desde la época de los profetas», podría perjudicar al fin que se proponía.

Se trata de un autor desconocido. Probablemente era un judío helenista que vivía acaso en Egipto a fines del siglo II o en las primeras décadas del siglo I antes de Cristo. Nos dice claramente que su propósito es resumir un escrito de un tal Jasón de Cirene, tan desconocido como él. La exaltación que hace del templo, de las solemnidades religiosas y del valor de los mártires de la Ley, así como su preocupación de la acción providencial de Dios en sus favores y en sus castigos nos hace pensar que escribía en un momento de prueba para el judaísmo, tal vez en medio de la guerra civil que precedió a la toma de Jerusalén por Pompeyo. Sea de esto lo que

quiere, este libro ha sido reconocido por la Iglesia como inspirado, a pesar de la hostilidad especial con que le miraron siempre los protestantes. Lutero le odiaba tanto como al de Ester, con pretexto de que el escritor había trabajado en él con la ayuda de sus solas facultades naturales, que en él se multiplicaban los milagros, que en un pasaje parecía preconizarse el suicidio. La verdadera razón de esta ojeriza está en ciertas frases del capítulo XII, que recomiendan la oración por los muertos y afirman que las intercesiones de aquellos que pasaron de esta vida puede ser útil a los que aún se encuentran en este mundo. Son precisamente las bases de la creencia en el purgatorio. Muchos protestantes modernos empiezan a reaccionar contra estos argumentos, que ellos mismos llaman mezquinos, y uno más clarividente escribía acerca del desconocido autor estas palabras: «Aunque hubiera creído en la solidaridad de las generaciones humanas, aunque hubiera afirmado que los muertos se interesan por los vivos, y que éstos, a su vez, pueden ejercer, por su amor, alguna influencia sobre los muertos, no tendríamos motivos para escandalizarnos. Esta idea es muy bella en sí misma, o por lo menos se inspira en un sentimiento muy noble. Además, hay en ella una fuente abundante de consuelo y su valor religioso es grande. Tal vez escandalice a nuestro individualismo protestante, pero somos nosotros los que cometemos una sinrazón al replegarnos sobre nosotros mismos en un movimiento que no es completamente extraño al egoísmo.»

